



**Reflexiones sobre la película
El nombre de la rosa
(Jean-Jacques Annaud, 1986)**



Lo que importa no es la verdad, es la libertad

Silvio Mignano

Entonces, señores, ¿qué es lo que buscamos, qué es lo que nos interesa, qué es lo que queremos defender, es la verdad o no es la verdad? Guillermo de Baskerville, magistralmente interpretado por Sean Connery, actúa acá como un investigador *ante litteram*, y no es casualidad que se llame así: se trata de un homenaje de Umberto Eco a Sir Arthur Conan Doyle y a su personaje más conocido, Sherlock Holmes, pues la tercera novela de Conan Doyle dedicada a las aventuras de Sherlock Holmes, como muchos saben y como por cierto saben todos los cultores del género, se titula *El sabueso de Baskerville*. Toda la obra literaria de Umberto Eco está construida sobre un sinnúmero de citas, de referencias, de intertextualidades, incluso cuando casi no se conocía la palabra intertextualidad, en una época, como es 1986, cuando salió la novela, anterior a la invención de la red de internet. Por ello se dice que Eco ha sido un autor posmoderno, incluso si el término nunca le gustó, no por ser esnob, no porque le pareciera disminuir su valor, sino por ser demasiado genérico: en su opinión, posmoderno quiere decir todo (todo lo que viene después de la modernidad) y nada, porque dentro de ese contenedor uno puede meter cualquier contenido.

Volvamos, sin embargo, a Baskerville y a Sherlock Holmes. Sherlock Holmes es el prototipo universal del detective, es decir, del policía, público o privado, que detecta, o sea, que busca, investiga con la intención de detectar la verdad, de revelar la verdad.

Así, el primer plan de lectura y de interpretación de la novela y de la película es fácil, evidente, claro: un fraile culto y apasionado de la lectura y del estudio se mueve en un contexto histórico y cultural adverso a la libertad de estudio, es decir, en la fase final de la Edad Media, en un tiempo dominado por una cultura religiosa integrista, e intenta rebelarse al poder religioso buscando

la verdad pese a todo obstáculo, aun sabiendo que debe enfrentarse a un poder mucho más fuerte.

¿Pero es realmente así? ¿De qué verdad hablamos? Aquí las cosas se complican más. Lo que se busca es un libro desaparecido, el segundo libro de la *Poética* de Aristóteles, dedicado a la comedia. Sin embargo, y es aquí que yo quería llegar, el segundo libro de la *Poética* de Aristóteles nadie lo ha leído, por lo menos que se sepa, y por cierto nadie lo posee, ninguna biblioteca del mundo tiene una copia de este libro, ningún otro autor, en los últimos dos mil años, nunca pudo citar un párrafo textual del libro. Se habló efectivamente durante la Edad Media del libro, pero lo más probable es que nunca haya existido, o que si existió se perdió ya en la antigüedad, pues tampoco otros filósofos clásicos, griegos y romanos, reportaron textos de él.

Y Guillermo de Baskerville lo sabe bien. Es un hombre muy culto, de profundas lecturas, y sabe que probablemente el libro no existe. Por cierto, lo sabe Umberto Eco, que antes y más que novelista es un extraordinario investigador de la cultura medieval. Entonces no es necesariamente la verdad lo que estamos buscando, no es un hecho físico real, un volumen tangible, ni una creación intelectual real.

Lo que nos interesa es algo más importante que la propia verdad. Guillermo de Baskerville defiende la libertad de buscar. La acción, el gesto de la búsqueda es más importante que el objeto de esta misma. Paradójicamente, o sin paradoja, Umberto Eco construye toda la novela sobre un libro que sabe bien que casi seguramente no existe, entonces,

sobre una base falsa. Quien estudia a Aristóteles, y por supuesto Eco lo estudió profundamente, conoce bien la preferencia del filósofo estagirita hacia la tragedia y la poca atención y el poco aprecio que tenía hacia la comedia y el ditirambo.

Sin embargo, es aquí donde se encuentra el golpe de genio de Eco, aquí se sitúa el corazón y el valor más profundo de la novela: no importa cuál sea la verdad, y más, los hombres modernos o posmodernos sabemos que no existe una verdad única. Importa entonces *cómo* llegar a la posible verdad, a una de las verdades posibles, a la que para nosotros es la verdad o una de las múltiples caras que la verdad puede asumir.

Lo que importa es la libertad. La libertad de estudio, de investigación, de lectura, de teorización, de escritura, de transmisión de nuestras ideas y de nuestro pensamiento. No importa si el contenido de nuestras ideas sea lo más correcto, si sea verdad o no sea verdad. Lo que importa es la tolerancia, el respeto de las ideas ajenas, de las teorías de los demás, incluso –o más aún– cuando sean diferentes de las nuestras, incluso –o más aún– cuando no nos gusten.

Por ello –otro plan de lectura de la novela y de la película– Guillermo de Baskerville utiliza el método científico o el razonamiento deductivo, que por supuesto tuvo su más grande teórico y defensor

El embajador de Italia, Silvio Mignano, diserta sobre la novela y la película *El nombre de la rosa*



en el italiano Galileo Galilei, y no es una casualidad –pocas cosas en la novela son casuales– que el narrador, Adso de Melk, el joven quizás más simple pero intuitivo e inteligente, como una suerte de Watson *ante litteram* complementario del Sherlock Holmes *ante litteram*, se llame así, relacionándose con Simplicio, un personaje de la obra de Galileo *Diálogo sobre los principales sistemas del mundo*. Su nombre es como una dedicatoria: Adso (Ad so) es una reducción de Ad Simplicio (para Simplicio). Sin embargo, Galileo escribía en el siglo XVII, ya en el comienzo de la época moderna, no en la Edad Media, y entonces he ahí que su antecesor puede encontrarse en Guillermo de Occam, el extraordinario filósofo franciscano inglés, que sí fue un personaje contemporáneo a la historia de la novela, vivido en el siglo XIV, y quien fue creador de la moderna epistemología, adversario de todo integrismo intelectual. Y no es casual, de nuevo, que el protagonista de la novela y de la película, el personaje magníficamente interpretado por Sean Connery, se llame Guillermo y sea franciscano e inglés como Guillermo de Occam.

Las referencias son muchas más, casi infinitas. Jorge de Burgos es claramente Jorge Luis Borges: aparentemente figura negativa, en la novela, pero en realidad heroica y trágicamente encerrado, en su cultura y su ceguera, como Borges, en la defensa de un universo complejo y completo, una biblioteca universal, como la biblioteca de Babel del propio Borges, que se derrumbaría por entero si entrara en ella un elemento externo, como el segundo libro de la *Poética*, que le obligaría a pensar nuevamente, sobre distintas bases, todo el universo.

Profesores y estudiantes escuchan la exposición sobre la película *El nombre de la rosa*, basada en la novela homóloga de Umberto Eco

Hay personajes reales, como Ubertino da Casale y Miguel de Cesena, franciscanos espirituales, que realmente en el siglo XIV se enfrentaron al Papa Juan XXII en defensa de la pobreza evangélica, y Bernardo Gui (la interpretación de F. Murray Abraham es una de las joyas de la película), inquisidor dominico francés.

Justamente la herejía de los espirituales, los que leían el mensaje de San Francisco como defensa de la pureza espiritual y de la pobreza de la iglesia de Cristo y de los apóstoles, es el centro de la investigación oficial de Bernardo Gui en la cual también debe participar, oficialmente, Guillermo de Baskerville, quien sin embargo también conduce sus investigaciones paralelas sobre el manuscrito de Aristóteles y sobre los homicidios ocurridos en la abadía.

La derivación más extremista de los espirituales es la herejía de los dulcinistas, y es otro elemento de complicación en la estructura narrativa, junto con la fuerza del eros, que es capaz de arrastrar cualquier otra y que nadie puede cancelar o bloquear, y que es por supuesto una manifestación profunda de la libertad. La imagen de la muchacha acusada de ser bruja, es decir, fundamentalmente, de utilizar libremente su cuerpo, es la metáfora de la libertad. Y también es importante que Salvatore (quien se inspira en Quasimodo, el jorobado de Notre Dame,



a través de un juego doble y humorístico de parte de Eco: partiendo de Quasimodo, el jorobado, se pasa por Salvatore Quasimodo, gran poeta italiano del siglo XX, y se llega entonces al nombre del jorobado de la novela, Salvatore), a su vez represente la herejía, pues tras su aparente idiotez e incapacidad de hablar se esconde en realidad el multilingüismo, que no solamente es un factor fundamental del posmodernismo, sino también es otra vez una negación de cualquier integrismo cultural: hablo muchos idiomas porque tengo una multiplicidad de pensamientos y no quiero que nadie me encierre en una jaula mental.

Entonces, más allá de una riqueza intertextual impresionante, lo esencial es que la novela y la película son un canto alto, profundo y conmovedor a la libertad de pensamiento, y me parece extraordinario que la película se enseñe, y que de ella y del libro se hable, en la universidad más importante de Venezuela. Porque fue justamente en las universidades, y puedo decir con orgullo en las universidades italianas, pues en Italia nació la universidad, en la que durante la Edad Media se comenzó a liberar el estudio de sus vínculos ideológicos y teológicos, y a dejar libres a estudiantes y profesores para investigar, buscar, escribir, leer, debatir. En Boloña en 1088 nació la primera universidad de la historia, con la escuela de derecho, la célebre escuela de los glosadores de Irnerio, y posiblemente con el antecedente de la escuela de medicina de Salerno en el siglo X. El concepto de *universitas* es justamente el de una libre asociación entre estudiantes y docentes, quienes elegían los temas y los métodos de su investigación, considerados por primera vez en la historia más

importantes que la existencia preconstituida de una verdad absoluta.

Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemos, el verso latino con el cual concluye la novela de Eco, quiere decir que el nombre de la rosa existe antes que la rosa misma y que al final lo que nos queda, más que la rosa, es su nombre, más que la cosa, el nombre de la cosa. El discurso, el *logos*, es más importante que la *res*, la cosa. El pensamiento vale más que su objeto o contenido. Es lo que decían los miembros del movimiento de la Rosacruz (otra intertextualidad), que a partir del siglo XVII difundían una teoría crítica que volvía a difundir la libertad de pensamiento y de creación intelectual. En el juego de intertextualidades de Eco, también entra el verso de Gertrude Stein escrito en 1913, *A rose is a rose is a rose* (una rosa es una rosa es una rosa), que quiere celebrar la fuerza evocativa de una palabra o de un nombre, capaz de crear un objeto incluso antes de que este exista realmente. Y por otro lado, Julieta en la tragedia de Shakespeare le dice a Romeo que *A rose by any other name would smell as sweet*, incluso con un nombre diferente una rosa sería aún una rosa y olería con la misma dulzura.

Julieta y Romeo eran víctimas de otro integrismo, de otra comprensión de la libertad: se les vetaba la libertad de amar por un nombre, o por dos nombres, de sus dos familias. Al espíritu humano, nos dicen Shakespeare y Umberto Eco, nos dicen Galileo Galilei y Guillermo de Occam, no le importa el nombre de la verdad, de una u otra verdad, más le importa la libertad.

silvio.mignano@esteri.it